

SOBRE EL SENTIDO CRISTIANO DE "HACERSE NIÑOS"

Unas palabras extrañas.—La vida humana y el don.—La condición de criatura.—Aceptación del misterio.—Unión personal.—Seguridad y riesgo.—El hombre nuevo.—Potencia obediencial.

UNAS PALABRAS EXTRAÑAS.

De muchos modos se ha dicho que el cristianismo vino a dignificar al hombre haciéndole participe de la vida de Dios. Pero, así como el cumplimiento de las promesas mesiánicas fué realizado por Cristo de manera muy diferente a la imaginada por quienes vivían pendientes de las profecías, el camino hacia Dios tiene que verificarse también por extrañas rutas. El hombre ha de mirar hacia lo alto, «con viva esperanza de vida eterna» (1); para todos los cristianos está hecha la recomendación de ser «perfectos, como vuestro Padre celestial perfecto es» (2); a cosas grandes están llamados los hombres (3). Con todo esto, cuando se trata de poner un modelo universal en el terreno de las puras criaturas no señala Jesús ni a los sabios, aunque la sabiduría es un don de Dios, ni a los valerosos, aunque el reino de los cielos sólo se abrirá a los que hagan violencia, ni a los prudentes, aunque se ha de tener la prudencia de las culebras, sino, cosa desconcertante, a los niños.

El episodio evangélico en el que se recogen las inesperados palabras del Maestro se presta fácilmente a una interpretación superficial y un tanto ternurista; pero no deja de mostrar su gravedad a poco que sobre él se reflexione.

Parece que la escena ocurrió en el interior de una casa. Las

(1) I Petr. I, 3.

(2) Mat., V, 48.

(3) Col., III, 2.

madres, esas madres a quienes todo se disculpa, llevaban a sus hijos para que Jesús se dignase bendecirlos. Tal vez armaban demasiado ruido; mas para arreglar las cosas estaban allí los apóstoles, los elegidos, los amigos del Maestro, que sabían bien lo importante que eran el tiempo y las palabras del Señor para que se gastaran en minucias sin importancia; poseídos de esta idea, los apóstoles apartaban, con rudeza tal vez, a aquellas inoportunas madres y a sus pegajosos chiquillos. Mas Jesús, en lugar de dejar hacer aprobando, al menos tácitamente, el comportamiento de sus discípulos, «se indignó», dice expresamente San Marcos (4). He aquí una expresión bien extraña referida a Jesús de Nazareth; el Maestro se indigna con los intelectuales presuntuosos, con los traficantes de cosas sagradas, con los rúbulas que pretendían conocer todas las minucias de la Ley; pero, ¿cuándo se le ve indignado con sus apóstoles? Las ocasiones en que se muestran ambiciosos, perezosos, ignorantes, son aprovechadas por la paciencia infinita del Maestro para irles, poco a poco, enseñando y puliendo, haciéndoles aptos para entender y participar en el reino de Dios; y en esta ocasión, en la que sin duda los apóstoles obraban con la mejor de las humanas intenciones, el paciente Rabí se indigna.

Sin duda ninguna el enojo de Dios produjo una situación tensa de dolor sorprendido en los apóstoles, de renovada confianza en las madres y de actitud expectante en todos los presentes. En este clima de cierta tirantez cayeron las palabras del Maestro; explicación de un gesto y enseñanza para el futuro: «Si no os tornáreis e hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (5). «Quien no reciba el reino de Dios como niño, no entrará en él» (6).

En las dos expresiones transcritas se da un giro completo a las ideas corrientes sobre el hombre y sobre la vida, sólo comparables, y tal vez en relación con ella, a la revolución mental que significó hacer herederos del reino de Dios a los pobres, a los pecadores, a las ramerías.

LA VIDA HUMANA Y EL DON.

Estamos ante una de las frecuentes paradojas del cristianismo, que si de momento resulta desconcertante, situándola en el cuerpo de las enseñanzas de Cristo aparece radicalmente lógica. Igual

(4) Marc., X, 14.

(5) Mat., XVIII, 3.

(6) Marc., X, 15.

que Nicodemo, asombrado al oír hablar de un nuevo nacimiento del hombre se preguntaba cómo era posible que un adulto volviera al seno de su madre (7), podemos nosotros preguntarnos qué significa y cómo es posible eso de volverse niños.

En la misma escena en que Jesús recomienda hacerse como niños da la solución fundamental al problema del significado que tiene tal transformación: la capacidad receptiva de la edad infantil; «quien no reciba el reino de Dios...» Se trata de que el hombre abandone toda su posición presuntuosa de que él, con sus propias fuerzas, puede alcanzar el reino de Dios. Este se nos da; la vida del hombre implica esfuerzo y trabajo, la fe sin obras está muerta (8), pero iniciándola y coronándola está el don, lo que graciosamente se nos da, y respecto de lo cual el hombre se ha de colocar en la humilde actitud de recibir con sencillez; como reciben los niños. Porque, contrariamente al pensamiento de Sartre, para quien cualquier «don» implica voluntad de dominar, y el aceptarlo es siempre rebajamiento indigno del hombre, el don de Dios es propiamente elevación sobrehumana. He aquí la primera y fundamental enseñanza de la niñez: disposición continua para recibir sin sonrojo.

LA CONDICIÓN DE CRIATURA.

En el orden natural el niño representa, y realiza, mucho mejor que el adulto, la situación del hombre respecto de Dios. Lo típico del niño es ser dependiente y candidato; su vida está condicionada por el auxilio que los mayores le presten; igualmente la vida infantil es un continuo desarrollo hasta llegar a la edad adulta, el niño es un candidato de adulto. ¿No vemos aquí un fiel reflejo de lo que el hombre es frente a Dios? Dependiente de Él, y en tensión para alcanzarle; el niño vive, necesaria y radicalmente, su condición de criatura; a menudo el adulto, en su orgullo, se olvida de la radical indigencia de su ser.

La condición del hombre como criatura se revela particularmente con su profunda diferencia entitativa frente a Dios. Dios es el ser sin más en el cual la esencia y la existencia es una misma cosa; el hombre, que tiene el ser por participación, no «es», sin más, sino que «se hace»; como ser creado arranca de la nada y camina hacia el ser. Tampoco en este terreno la niñez engaña;

(7) Joh., III, 4.

(8) Jac., II, 17.

de un niño todo el mundo sabe y dice que «se está haciendo»; el adulto se halla en riesgo de pensar que «ha llegado». Las conquistas parciales de la vida, cubriendo sólo una dimensión del ser humano, pueden obrar a modo de cortina que impida la visión de lo que el hombre sigue siendo: un ser en camino. Por el lado contrario acecha también un riesgo; el miedo y aún la convicción de no poder llegar, la desesperación. Entre la presunción de poseer y la desesperación de alcanzar, estados típicamente adultos, la única respuesta válida es la dada por la esperanza, bien representada, en el orden humano, por la espontánea confianza del niño en el auxilio de los mayores. «Para el hombre—dice Pieper—que en *status viatoris* experimenta ser esencialmente criatura, el «ser que aún no es» de su propio existir, sólo hay una respuesta a esa experiencia. La respuesta no puede ser la desesperación, pues el sentido de la existencia creada no es la nada, sino el ser, es decir, la verdad.

La contestación no puede ser tampoco la descansada seguridad de poseer, pues entonces el «ser que se hace» de la criatura bordea peligrosamente la nada. Ambas, la desesperación y la seguridad de la posesión contradicen la verdad de los hechos reales. La única respuesta que corresponde a la situación real de la existencia humana es la esperanza. La virtud de la esperanza es la virtud primaria correspondiente al *status viatoris*; es la auténtica virtud del aún no.

En la virtud de la esperanza se entiende y afirma el hombre ante todo como ser creado, como criatura de Dios» (9).

ACEPTACIÓN DEL MISTERIO.

La cualidad de criatura no sólo impone una peculiar condición de sometimiento en el campo de la voluntad, sino que trasciende además al campo del conocimiento, ya que lleva encapsulada la imposibilidad de conocer la realidad en toda su hondura. También aquí necesita el hombre poseer los limpios ojos del niño; porque el juicio personal, y la capacidad de la razón no sirven para desentrañar el misterio de la vida cristiana. Para recibir a Cristo la única actitud posible es la del creyente, en la que, renunciando al juicio personal, se ve la realidad a la luz del saber de otro que nos *revela* su conocimiento. Y así como un niño acepta sin esfuerzo las enseñanzas, las explicaciones, los juicios de quienes son

(9) J. PIEPER: *Sobre la esperanza*. Madrid, 1951, pp. 30-31.

mayores que él, el hombre tiene que recibir y aceptar la Revelación. «Puede cerrarse frente a la misma con presunción y orgullo. El presuntuoso prefiere las tinieblas a la luz. Rehusa el considerarse como criatura. Tiene fe ciega en su autonomía, aun a costa de que los enigmas del vivir queden sin resolver, y las preguntas ¿por qué? y ¿a dónde?, sin respuesta.

Todo lo sacrifica a un vivir sin verdad, sin libertad y sin alegría. El presuntuoso gusta más de vivir en noche y en duda, que de la luz y de la felicidad que, con toda seguridad, hallaría si se abriera al Revelador. Por eso el que zozobra, ora viva en duda manifiesta, ora encubierta, se hace responsable de su titubeo. En eso está su culpa. Al contrario, el que recibe las irradiaciones de la Revelación de Cristo logra un auténtico vivir» (10). Auténtico y completo porque sólo saltando sobre los límites del propio yo se puede penetrar en el Tu divino. Cristo es un misterio profundo, viene de lo desconocido y el hombre no tiene capacidad para aceptarlo, a menos que rompa o deseche los moldes de sus ideas, que sólo le sirven para conocer el ser inteligible de las cosas sensibles (11).

UNIÓN PERSONAL.

A fin de poner en su punto las cosas y evitar, en lo posible, concepciones unilaterales, bueno será recordar que la vida cristiana no se resuelve sin más en una pura receptividad; es, sobre todo, un asunto de amor que se realiza y define en una unión, la del hombre con Cristo. Y en este punto acontece también que los adultos han de asemejarse a los niños. El adulto, con su inteligencia desarrollada, va más allá de lo concreto; piensa, busca, y a veces encuentra ideas generales que explican la naturaleza de las cosas; mas el principio y el fin de la vida cristiana es un ser singular y concreto: Cristo. «Cristo es, en efecto, un hombre tan concreto como nosotros mismos. En vez del creador omnipotente de toda vida, de quien únicamente tenemos noticia a través de una distancia infinita, encontramos a una persona que nos ama y que está cerca de nosotros como el más íntimo de nuestros amigos. En vez de los conceptos abstractos y de las formas negativas en que se esconde la esencia de Dios, encontramos de re-

(10) M. SCHMAUS: *Sobre la esencia del cristianismo*. 2.^a ed. Madrid, 1957, página 144.

(11) Cfr. R. GARRIGOU LAGRANGE: *Le sens du mystère*. París, 1934, p. 126.

pente a un hombre de carne y hueso, al hombre Jesucristo, que se acerca a nosotros y nos habla en nuestro mismo idioma: «Si creéis en Dios, creed también en Mí» (12).

Cuando algunas gentes, algunos «psicólogos» de la religión se rasgan las vestiduras porque la religiosidad de los niños es «antropomórfica», se olvidan de que Cristo es verdadero Dios, pero también verdadero hombre; y en la medida en que por pensar en la Humanidad se olvidan de los hombres, corren el riesgo de olvidar a Cristo pensando en la cristiandad; y así la religión se eclipsa, se difumina, desaparece. El niño no es capaz de alcanzar el sentido universal de las grandes palabras; mas aprendiendo a amar a Dios como su Padre, a Cristo como su Amigo, a María como su Madre, está diciendo con claridad que con él no van esas palabras del apóstol: «Si uno dijere: «Amo a Dios» y aborrece a su hermano, mentiroso es; pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto; a Dios, a quien no ha visto, no le puede amar» (13). El niño tiene la fortuna de necesitar el camino de lo concreto para orientar su amor.

Por otra parte se da en el amor infantil una cualidad propia en verdad de todo amor, pero que difícilmente se realiza en el amor de los adultos a Dios: acortar distancias. La conciencia de pecado, el conocimiento de la grandeza de Dios, el sentimiento de su justicia, son hechos que explican, aunque no justifiquen del todo, una cierta actitud de separación, un sentimiento de lejanía que dificulta y entorpece, cuando no impide, la unión del hombre con Dios. En el niño, que vive en el momento presente sin más, que no aprehende totalmente el sentido de las ideas abstractas, difícilmente se dan estas dificultades estando, por el contrario, en cualquier situación presto a acortar el distanciamiento de Dios, a dejarse arrastrar del amor, a pesar de todos los velámenes por los que la grandeza divina queda oculta a la mirada de los hombres.

SEGURIDAD Y RIESGO.

La cercanía de Dios y la confianza en Él condicionan la satisfacción de una necesidad humana, la de seguridad, tan fuerte como las de orden biológico. El hombre busca la compañía de los otros, busca su aceptación como miembro del grupo, en tanto que en ello encuentra garantía de seguridad. Mas, en opuesto sentido

(12) F. VAN DER MEER: *El símbolo de la fe*. Madrid, 1958, pp. 145-146.

(13) I Jo., IV, 20.

a la necesidad de seguridad, opera en el ser humano la estimación de sí que le lleva a correr el riesgo de afrontar lo desconocido, a emprender tareas y ambicionar conquistas que le lleven a ser señor donde no era nada. Entre la seguridad y el riesgo la vida humana cobra su sentido y adquiere su peculiar modo de ser; la seguridad del no emprender nada cosifica al hombre, le convierte en un puro objeto; la empresa, sin punto de apoyo, es locura y fracaso. El no saber a qué atenerse, entre la quietud, que es seguridad sin estimación, y la aventura, que es estimación sin seguridad, hace del hombre una oscilante cosa, una indecisa voluntad y aun, tal vez, una personalidad neurótica.

Frente a las fluctuaciones del adulto, el niño se entrega gozosamente al trato con los otros y descansa en la tranquila confianza de que su padre lo sabe todo, lo puede todo, y le resolverá todos los obstáculos que pueda encontrar. El niño tiene ansia de seguridad, pero vive todos los días la maravillosa aventura del descubrimiento de lo incógnito con la gozosa tranquilidad del que se sabe protegido; también en la vida infantil hay miedo, pero no choca con el orgullo del niño agarrarse con fuerza al cuello, al brazo, o a las piernas de su padre con el fin de atravesar un difícil u oscuro pasillo. Realiza, en el orden natural, lo mismo que al cristianismo se le pide en el sobrenatural: afrontar los riesgos con segura confianza: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo» (14). «Al ordenar Cristo que no se tenga miedo ni congoja, y que se resista y supere el natural temor ante la muerte, ante el riesgo último de existir, no quiere significar con eso una mengua o aminoramiento de las incertidumbres y amenazas terrenas. Al contrario, Cristo levanta el velo que oculta los abismos profundos en que el vivir humano puede precipitarse. Descubre a los suyos que tienen que contar con la muerte y con el asesinato. Los saca de toda ilusión. No les promete un vivir seguro y oculto dentro de este mundo. Deben hacerse a los choques con las contrariedades del mismo. Es cierto que habrán de estrellarse contra el muro de la muerte. Les muestra aquellas situaciones límites de las que es imposible una evasión. Pero les intima al mismo tiempo que no se dejen arrastrar a merced de la corriente de los riesgos y amenazas del vivir, sino que se eleven de los abismos del temor y del cuidado a la vida de fidelidad y de confianza» (15).

(14) Mat., X, 28.

(15) M. SCHMAUS: *Sobre la esencia del cristianismo*. 2.^a ed. Madrid, 1957, página 126.

EL HOMBRE NUEVO.

Podríamos seguir hasta el infinito, la palabra de Dios es inagotable, las implicaciones del recibir el reino de Dios como niños, las diversas manifestaciones de la vida infantil, susceptibles de concebirse al modo de norma del vivir cristiano; todas ellas se pueden resumir en la idea paulina de la muerte del hombre viejo y la investidura del hombre nuevo (16).

La vejez no es otra cosa que acumulación de experiencia, utilícese o no. Y esto vale tanto en el orden biológico cuanto en el psíquico. Un tejido se hace viejo a fuerza de funcionar; el alma se envejece a fuerza de «haber visto mucho». En principio la vejez tiene un lado positivo en cuanto significa enriquecimiento experimental de la vida; no nos importa en este momento el hecho de que lleve consigo una pérdida de fuerzas; lo que importa es considerar que la experiencia va haciendo más humano al hombre; que cada operación va dejando una huella con cierto dinamismo acumulado que incita a obrar en el futuro de una manera determinada; que el hombre va haciéndose su propia historia por la cual es signado de un modo peculiar y determinado, al menos parcialmente, a obrar en cierto sentido.

Historia y experiencia hacen viejo a un hombre; en la medida en que puede atribuirseles substantividad son ellas mismas el hombre viejo. Y de ellas, aun siendo una riqueza humana y tal vez por serlo, hay que apearse, porque son las que, como antes decía, van dando dirección y consistencia humanas al vivir, cuando de lo que se trata es de sustituir el modo de vida humano por el modo divino. Hay que desnudarse del *propio* modo de enjuiciar, del *propio* modo de amar, de la *propia* experiencia, para que entren el pensamiento y el amor de Cristo; en definitiva, para que sea él quien viva (17).

A poco que reflexionemos podemos ver que tanto valdría decir ser menester revestirse del hombre nuevo, cuanto decir que es menester hacerse niño; porque el niño es justamente el hombre nuevo, el que acaba de aparecer; tanto se es más niño, cuanto se es más nuevo en la vida, cuanto se lleva menos tiempo en ella; precisamente lo contrario del hombre viejo. Aún se podía robustecer esta idea pensando que es propio del niño no tener experiencia; en él hay mucho más de potencialidad que de reali-

(16) Col., III, 9-10.

(17) Gal., II, 20.

zación; el hombre viejo es un árbol hecho, con raíces profundas en el mundo, mientras el hombre nuevo, el niño, es un esqueje dispuesto a ser plantado en cualquier lugar. Cristo no vino a reparar cosas deterioradas, vino a dar un sentido nuevo a toda la realidad, empezando por dar un sentido nuevo al hombre entero; la vida del hombre, desde la raíz, ha de ser puesta en manos del Padre (18). El cristianismo sabe que para Dios no basta ni lo bueno naturalmente concebido; «esto mismo tiene que ser transformado en orden a lo sobrenatural, es decir, tiene que ser estructurado de nuevo según el principio de vida sobrenatural de que el hombre se hace partícipe» (19).

POTENCIA OBEDIENCIAL.

Quizá debería terminar aquí este ensayo; pero aún quiero añadir algo que se adelante al riesgo de una falsa interpretación en esta necesidad que el hombre tiene de volverse niño. En un libro extraordinariamente difundido por todo el mundo, en el cual ese duro y tantas veces mal entendido camino de infancia espiritual tiene sus adecuadas ilustraciones, se dice también: «No me seas «niñoide», caricatura de niño» (20). Vale la pena en esta ocasión, como en tantas otras, no sólo distinguir entre la esencia y la apariencia, sino darse cuenta de que al hombre se le pide «hacerse» o «volverse» niño; no simplemente ser, sino llegar a ser niño, con lo cual se indica que las actitudes y disposiciones que en el niño son espontáneas se presentan para el adulto como el fruto de un esfuerzo consciente que tiene una meta determinada; y la meta no es tanto un quehacer o una actitud para la acción cuanto una disposición para dejar hacer. No tanto el hombre tiene que hacer materialmente cosas de niño cuanto recibir o dejar hacer como los niños reciben o dejan hacer y entregarse al poder de Otro como los niños se entregan.

En tanto que recibir supone modificación, en el que recibe la disposición para recibir no es ni más ni menos que disposición de cambio; la hondura en que esta disposición se acepta da la medida en que se ha comprendido y aceptado el mensaje de Cristo. La inaudita aventura de hacerse niño o de hacer morir al

(18) Mat., XXII, 21.

(19) D. VON HILDEBRAND: *Nuestra transformación en Cristo*. 2.^a ed. Madrid, 1956, p. 20.

(20) J. M. ESCRIVÁ: *Camino*, 49.

hombre viejo no se puede llevar a cabo mediante el propósito de corregir tal o cual falta o de adquirir tal o cual hábito virtuoso; es menester poner la voluntad «de convertirse en un ser absolutamente nuevo, de romper con las medidas puramente humanas, de decidirse a una total metanoia, a una verdadera transformación» (21), lo cual vale tanto como disponerse a empezar de nuevo; de la mano de Dios; como un niño que está dispuesto a ser lo que quieren que sea.

A la luz de estas reflexiones se desvela toda una vía de educación poco transitada. En la educación cristiana se trata no tanto de hacer al hombre capaz de realizar tales o cuales cosas, sino de despertar en él la voluntad de esforzarse para limpiar su vida de todo contenido puramente humano a fin de transformarse, en el orden sobrenatural, en algo semejante a lo que el niño es en el orden natural: un ser dispuesto a recibir y transformarse, a entregarse a quien puede colmar su existencia.

Porque la vida cristiana no tiene su fundamento en los esfuerzos, en los trabajos o en las adquisiciones humanas, sino en algo que los teólogos llaman potencia obediencial, y que no es otra cosa sino la capacidad de recibir en sí la influencia de un agente de superior naturaleza. Es esta potencia obediencial lo que le hace al hombre capaz de recibir eficazmente la acción de Dios autor de la vida sobrenatural.

Lo típico del adulto es alcanzar sus fines y satisfacer sus necesidades mediante sus propias fuerzas y trabajo; lo típico del niño es estar entregado a otro que le satisface sus necesidades. En cuanto al fin sobrenatural, el hombre no está hecho, según palabras de Santo Tomás, «para adquirir por sí mismo la bienaventuranza»; mas «puede convertirse a Dios, que le hace bienaventurado» (22).

VÍCTOR GARCÍA HOZ.

(21) D. VON HILDEBRAND: *Op cit.*, p. 21.

(22) *Sum. Theol.*, I-II, q. 5, a. 5.